

Sacrificio, poder y dominación en el Tawantinsuyu: la capacocha y las respuestas de los pueblos sometidos ante la conquista inca.

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo.

Cita:

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo (2026). *Sacrificio, poder y dominación en el Tawantinsuyu: la capacocha y las respuestas de los pueblos sometidos ante la conquista inca*. Ensayo Académico.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/osvaldo.gutierrez.sanchez/61>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pGRc/CtY>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Sacrificio, poder y dominación en el Tawantinsuyu: la capacocha y las respuestas de los pueblos sometidos ante la conquista inca

*Lic.Esp.Osvaldo Gutiérrez Sánchez

Introducción

La expansión del Tawantinsuyu constituyó uno de los procesos de transformación política y territorial más importantes de la historia prehispánica de los Andes. La formación del poder imperial inca no fue resultado únicamente de mecanismos de integración, reciprocidad o negociación con los pueblos vecinos, sino también de procesos de conquista que implicaron enfrentamientos militares, subordinación política e incorporación de nuevos territorios al dominio del Cusco. La expansión cusqueña modificó progresivamente las relaciones existentes entre las sociedades andinas y generó nuevas formas de vinculación entre el poder central y los señores étnicos incorporados al imperio.

María Rostworowski permite observar que estas relaciones no pueden reducirse a un modelo uniforme de conquista. La autora muestra diferentes situaciones de enfrentamiento, resistencia, negociación y sometimiento. En el caso de Guarco, por ejemplo, los incas necesitaron varios años para vencer a los yungas, mientras que la resistencia de los guarcos terminó siendo sometida mediante una estrategia que combinó engaño, conquista militar y posteriores represalias. Rostworowski señala además que, después de la conquista, se produjo una importante introducción de mitmaq en el valle, procedentes de diferentes regiones, lo que contribuyó a consolidar el dominio cusqueño.

Estos ejemplos permiten considerar que la expansión imperial no consistió solamente en la incorporación territorial de nuevos espacios. La conquista podía implicar transformaciones profundas en la organización política y social de las poblaciones sometidas. El sistema de mitmaq, por ejemplo, podía ser utilizado para quebrar resistencias en regiones recientemente conquistadas o después de rebeliones. Rostworowski señala que, en determinadas circunstancias, el gobierno inca procedía a despoblar una región y reemplazar a sus habitantes por poblaciones consideradas leales al Inca. En el caso de Guarco, los mitmaq fueron empleados para consolidar la conquista cusqueña, mientras que el despojo de tierras y bienes de los grupos rebeldes cumplía también una función de advertencia para otros señores que pudieran pretender oponerse al poder imperial. La autora considera que, en esos casos, la institución de los mitmaq adquirió un objetivo netamente político.

La conquista, por otra parte, no significó la desaparición de la capacidad de acción de las sociedades incorporadas. Los pueblos sometidos podían resistir, negociar, aceptar, rechazar o adaptarse a las nuevas condiciones. Rostworowski presenta, en este sentido, situaciones particularmente significativas. Durante la expansión hacia el norte, distintas etnias enfrentaron militarmente al poder de Huayna Capac y llegaron a establecer una liga defensiva. Incluso rechazaron la propuesta del Inca de establecer vínculos de reciprocidad antes de la batalla. En este caso, la resistencia no fue solamente una reacción militar aislada, sino una respuesta política articulada frente a la expansión del poder cusqueño.

La expansión imperial también implicó modificaciones en los mecanismos mediante los cuales se articulaban las relaciones entre el Inca y los señores locales. Rostworowski observa que la expansión territorial del Cusco hizo imposible mantener el patrón inicial de reciprocidad en las mismas condiciones. A medida que aumentaba el territorio controlado, el poder de los gobernantes incas se incrementaba y se desarrollaban nuevas formas de administración. Los centros administrativos, por ejemplo, permitían confirmar lealtades políticas y asegurar la

colaboración económica necesaria, mientras que determinadas prácticas ceremoniales y de reciprocidad se reorganizaban de acuerdo con las dimensiones alcanzadas por el Estado.

Este proceso resulta relevante para estudiar la capacocha. La práctica sacrificial debe situarse dentro de un mundo en el que religión, territorio, autoridad y relaciones políticas se encontraban estrechamente vinculados. El sacrificio humano en el Tawantinsuyu no constituye, por ello, solamente un problema referido a las creencias religiosas, sino también una cuestión relacionada con la manera en que el poder imperial establecía vínculos con los diferentes territorios y poblaciones incorporados.

La historiografía sobre los Andes ha dedicado una atención considerable a la conquista española y a la posterior desestructuración del Tawantinsuyu. Sin embargo, comprender las condiciones políticas existentes antes de la llegada de los europeos exige prestar especial atención al período de expansión imperial inca. La conquista española se desarrolló sobre un territorio que ya había experimentado décadas de expansión, guerras, sometimientos, resistencias, desplazamientos de población y reorganización política. Estudiar el proceso anterior permite, por tanto, comprender la naturaleza de las relaciones que existían entre el poder cusqueño y las sociedades que habían sido incorporadas al Tawantinsuyu.

En este marco, el presente ensayo propone analizar la relación entre sacrificio, poder y dominación en el Tawantinsuyu, tomando la capacocha como una práctica privilegiada para examinar la articulación entre la dimensión religiosa y las estructuras políticas del Estado inca. El análisis partirá del proceso de expansión territorial y de las formas de conquista e incorporación de los pueblos vecinos, para posteriormente abordar las funciones de la capacocha y contrastar las interpretaciones etnohistóricas con la evidencia arqueológica. Asimismo, se considerarán las respuestas de las sociedades sometidas, evitando concebirlas como actores pasivos frente a la expansión cusqueña.

Pregunta-problema

¿En qué medida las guerras de expansión y los mecanismos de dominación del Tawantinsuyu implicaron para los pueblos conquistados obligaciones políticas, económicas y rituales, entre ellas su participación en prácticas sacrificiales como la capacocha, y qué respuestas desarrollaron estas sociedades frente al dominio inca?

Hipótesis

La expansión del Tawantinsuyu se sustentó en procesos diferenciados de conquista, subordinación e integración de los pueblos incorporados, que implicaron diversas obligaciones políticas, económicas y rituales. En este contexto, la capacocha habría constituido no sólo una práctica religiosa, sino también una institución ritual vinculada con la legitimación del poder imperial y con la integración de las poblaciones sometidas al orden cusqueño. Las respuestas de estas sociedades frente a la dominación inca, lejos de ser homogéneas, habrían comprendido estrategias de resistencia, negociación, adaptación y participación en las estructuras imperiales.

La hipótesis sostiene que la expansión del Tawantinsuyu combinó mecanismos de coerción, integración y negociación, y que la capacocha constituyó, en determinados contextos, una práctica ritual mediante la cual el Estado inca podía articular a las autoridades y poblaciones provinciales con el poder imperial. Su función no se reducía únicamente al sacrificio humano, sino que involucraba dimensiones religiosas, políticas, territoriales y económicas. La evidencia arqueológica permite además sostener que estas prácticas podían contribuir a legitimar la autoridad del Inca, jerarquizar las huacas locales y reproducir relaciones de subordinación.

1. El mundo andino y la expansión del poder cusqueño

El análisis de la expansión inca requiere partir de la diversidad política existente en los Andes. El Tawantinsuyu no se construyó sobre un espacio vacío ni sobre sociedades carentes de estructuras políticas propias. Como muestra Rostworowski, existía una compleja organización de señoríos y macroetnias, encabezados por autoridades con diferentes niveles de poder. La sociedad andina no presentaba una jerarquía simple que partiera del individuo y llegara directamente hasta el Inca; existía una estructura política compleja en la que numerosos grandes señores ejercían autoridad sobre extensos territorios y poblaciones.

Esta consideración resulta fundamental para comprender la expansión del Tawantinsuyu. Los incas no incorporaron poblaciones políticamente indiferenciadas, sino sociedades que contaban con autoridades, territorios, intereses y relaciones propias. La conquista significaba, por tanto, la incorporación de estructuras políticas previamente existentes a un orden imperial en expansión.

La guerra constituyó uno de los mecanismos mediante los cuales se produjo esta expansión. Rostworowski señala que las conquistas podían prolongarse durante varios años. El caso de Guarco muestra que las campañas militares no siempre se resolvían rápidamente: los enfrentamientos se interrumpían incluso por las necesidades agrícolas de los combatientes, hasta que la expansión imperial desarrolló mecanismos que permitieron mantener a los ejércitos durante períodos más largos alejados de sus lugares de origen. En ese contexto surgió la denominada mita guerrera, que permitió disponer de contingentes militares durante períodos prolongados.

La expansión del Tawantinsuyu, entonces, implicó una transformación de las formas tradicionales de guerra. La dimensión territorial alcanzada por el imperio obligó a modificar la organización militar y administrativa. La guerra de conquista se convirtió progresivamente en parte de una estructura imperial más amplia, capaz de movilizar personas, recursos y poblaciones a grandes distancias.

En este sentido, el Imperio inca puede ser comprendido como un Estado expansivo que combinó mecanismos diversos de integración, negociación, coerción y dominación política. La expansión del Tawantinsuyu no se sostuvo exclusivamente mediante la guerra ni únicamente a través de relaciones de reciprocidad, sino mediante una combinación de estrategias destinadas a incorporar y controlar territorios y poblaciones. En este marco, las prácticas rituales, entre ellas la capacocha, también podían contribuir a consolidar y legitimar el poder imperial. Esta perspectiva permite cuestionar una visión idealizada de las sociedades prehispánicas como espacios caracterizados exclusivamente por la armonía, la reciprocidad o la cooperación, sin relaciones de desigualdad y dominación. Antes de 1492 ya existían en América imperios, guerras, procesos de expansión territorial y relaciones de subordinación política. El Tawantinsuyu no fue únicamente una comunidad basada en la reciprocidad, sino también un Estado imperial que ejerció distintas formas de poder sobre los pueblos incorporados. Por ello, la conquista española no puede interpretarse como la irrupción de la dominación en un continente previamente libre de relaciones imperiales. La historia latinoamericana debe entenderse, más bien, como una sucesión compleja de procesos de expansión, dominación, resistencia, negociación e integración, desarrollados tanto antes como después de la llegada de los europeos.

2. Conquista, resistencia y sometimiento

La expansión militar no significó necesariamente una aceptación inmediata del poder cusqueño. Por el contrario, Rostworowski proporciona numerosos elementos para pensar las conquistas como procesos caracterizados por la resistencia y por respuestas políticas diferenciadas.

El caso de Guarco resulta particularmente ilustrativo. La población local se resistió al dominio cusqueño y la conquista terminó mediante una estrategia que combinó engaño y acción militar.

Posteriormente se produjeron castigos y represalias contra los rebeldes. La incorporación de mitmaq procedentes de otros territorios permitió consolidar el control sobre la región.

Otro caso significativo es el de Chachapoyas. Durante la expansión de Huayna Capac, los señores locales se rebelaron y se refugiaron en una fortaleza. El Inca fue rechazado en dos oportunidades antes de conseguir, con nuevos refuerzos, someter la sublevación. Posteriormente, numerosos chachapoyas fueron trasladados al Cusco, mientras poblaciones consideradas leales al Inca fueron instaladas para proteger las fronteras del Tawantinsuyu.

Estos casos permiten sostener que la conquista inca no debe interpretarse como un proceso exclusivamente centrado en la incorporación territorial. La conquista modificaba las estructuras demográficas y políticas de las sociedades sometidas y podía implicar desplazamientos, castigos, pérdida de tierras y sustitución de poblaciones.

3. Los mitmaq y la consolidación de la dominación

El sistema de mitmaq constituye uno de los mecanismos más significativos para comprender cómo el Estado inca transformaba una victoria militar en un dominio político duradero.

Rostworowski advierte que los desplazamientos de población tuvieron diferentes funciones. En determinados casos podían responder a necesidades productivas o militares; sin embargo, también existieron situaciones en las cuales los mitmaq fueron empleados para quebrar resistencias en regiones recientemente conquistadas. La autora destaca que, después de varios años de guerra en Guarco, poblaciones de origen chinchano y coayllo fueron instaladas en tierras anteriormente ocupadas por los guarcos.

Este mecanismo tenía una doble consecuencia. Por una parte, debilitaba la capacidad de resistencia de la población conquistada. Por otra, beneficiaba a poblaciones que habían colaborado con el Inca, convirtiéndolas en agentes de consolidación del dominio imperial. El despojo de las tierras y bienes de los rebeldes tenía además un efecto ejemplificador: podía disuadir a otros señores étnicos de oponerse al poder cusqueño. Rostworowski señala explícitamente que, en estas circunstancias, el uso de los mitmaq tenía un objetivo político.

La dominación, por tanto, no se agotaba en la batalla. Una vez conquistado un territorio, el Estado debía consolidar su autoridad, reorganizar las poblaciones y asegurar su lealtad. El sistema imperial desarrolló para ello mecanismos militares, administrativos, económicos y demográficos.

4. Las obligaciones y la integración imperial

La expansión territorial produjo también una transformación en las relaciones de reciprocidad. Rostworowski observa que, a medida que el Estado cusqueño crecía, ya no resultaba posible mantener las formas iniciales de relación personal entre el Inca y cada uno de los señores locales. El aumento del poder imperial hizo necesario establecer nuevos mecanismos capaces de mantener las lealtades políticas y la colaboración económica.

La creación de centros administrativos constituía uno de esos mecanismos. Estos espacios permitían reunir a autoridades locales y renovar vínculos políticos y ceremoniales con el soberano. La reciprocidad no desaparecía completamente, sino que se transformaba para adaptarse a las dimensiones del Estado imperial.

En este punto, el análisis de Pierre Duviols sobre la capacocha permite profundizar la relación entre reciprocidad e integración imperial. Para Duviols, la capacocha no debe ser comprendida únicamente como un sacrificio humano, sino como una institución compleja en la que intervenían intercambios políticos, sociales y económicos. La ceremonia implicaba la participación de las provincias, la concentración de ofrendas en el Cusco, su posterior distribución hacia diferentes territorios y la intervención de curacas, sacerdotes y otros representantes locales. De esta manera,

la capacocha ponía en movimiento personas, bienes y autoridades a través de un espacio imperial extenso.

La dimensión económica resulta especialmente significativa. Las fuentes analizadas por Duviols muestran que las provincias participaban mediante el envío de diferentes tipos de ofrendas, entre ellas productos agrícolas, animales, objetos de metales preciosos, tejidos y, en determinados contextos, víctimas humanas. Estas prestaciones eran centralizadas y contabilizadas, y posteriormente se producían procesos de redistribución desde el centro imperial hacia los distintos participantes. La capacocha podía, por tanto, funcionar dentro de un sistema de reciprocidad y redistribución que vinculaba al Cusco con las regiones incorporadas.

Duviols destaca además que la reciprocidad no constituía simplemente una relación entre individuos. El Inca podía actuar simultáneamente como receptor de las prestaciones realizadas por las provincias y como intermediario frente a las divinidades. En este sentido, la capacocha ponía en relación diferentes niveles de intercambio y obligación, vinculando al soberano, a los curacas, a las comunidades y a las huacas.

Esta cuestión resulta importante para el análisis de la capacocha, porque obliga a superar una oposición simple entre coerción e integración. El poder imperial podía recurrir simultáneamente a mecanismos coercitivos y a instituciones capaces de producir vínculos políticos, económicos y rituales. En consecuencia, la integración del Tawantinsuyu no debe entenderse necesariamente como opuesta a la dominación: ambos procesos podían formar parte de una misma estructura imperial.

Es precisamente en este punto donde el sacrificio adquiere relevancia para el problema planteado. Si la capacocha estaba vinculada a la organización ritual del territorio, a la circulación de ofrendas y a las relaciones entre el Cusco y las regiones incorporadas, entonces su análisis puede contribuir a comprender cómo la dimensión religiosa participaba en la construcción y reproducción del poder imperial.

5. La capacocha: sacrificio, territorio y poder

La capacocha constituye el núcleo específico del problema de este ensayo. Su estudio permite desplazar la mirada desde el sacrificio entendido únicamente como fenómeno religioso hacia una interpretación que considere sus dimensiones políticas, económicas y territoriales.

El problema central consiste en determinar si la práctica sacrificial puede ser relacionada con las estructuras de integración y dominación del Tawantinsuyu. Para ello resulta fundamental el aporte de Pierre Duviols, cuya interpretación permite examinar la capacocha como una institución vinculada con la política integracionista y con la organización imperial.

Esta interpretación puede complementarse con el análisis de Silvia Limón Olvera, quien sostiene que la capacocha no puede entenderse únicamente como un sacrificio humano, sino como parte de un sistema político-religioso mediante el cual el Estado inca organizaba las relaciones de reciprocidad con las poblaciones incorporadas al Tawantinsuyu. La entrega de víctimas, de ofrendas y de bienes rituales expresaba simultáneamente la subordinación al Sapa Inca y la integración de las provincias al orden imperial. En ese contexto, el sacrificio constituía también un mecanismo de redistribución de lo sagrado, ya que el soberano administraba las principales huacas, las ceremonias estatales y los bienes rituales, reforzando su autoridad política mediante el control del ámbito religioso.

Duviols advierte que el término capacocha no designaba exclusivamente el acto puntual del sacrificio humano. Su análisis reconstruye un complejo ceremonial que comprendía el traslado de ofrendas desde las provincias hacia el Cusco, su presentación ante las divinidades, la circulación posterior de esas ofrendas hacia los territorios del Tawantinsuyu, el regreso de las comitivas y la redistribución de bienes en la capital. También formaban parte de este sistema la participación de

los curacas y sacerdotes provinciales, la contabilidad de las ofrendas y la reunión de las huacas de diferentes regiones.

Esta reconstrucción modifica la manera de plantear el problema. La capacocha no aparece únicamente como un ritual realizado por el Estado, sino como una práctica que ponía en relación al centro imperial con las distintas unidades territoriales. Las ofrendas eran trasladadas desde las regiones hacia el Cusco y posteriormente redistribuidas hacia los cuatro suyu. La ceremonia, por tanto, poseía una dimensión territorial que permitía vincular simbólicamente el centro con las periferias del Tawantinsuyu.

Investigaciones recientes han aportado nuevos elementos para comprender esta dimensión política y territorial de la capacocha. Un estudio publicado en 2026, basado en la datación por radiocarbono de restos botánicos recuperados junto a los denominados "Niños de Llullaillaco", logró establecer un marco cronológico más preciso para este sacrificio. A diferencia de los estudios anteriores realizados sobre los propios cuerpos, los investigadores analizaron semillas de maíz, restos de yuca y hojas de coca depositadas como ofrendas funerarias, lo que permitió situar el acontecimiento entre 1462 y 1507, siendo aproximadamente el año 1499 la fecha más probable. Esta nueva cronología posee un interés particular para el presente análisis porque ubica la ceremonia durante el reinado de Huayna Cápac, en un momento en que el Tawantinsuyu continuaba consolidando su expansión territorial. Los propios autores sostienen que la capacocha de Llullaillaco probablemente estuvo vinculada con una política estatal destinada a reforzar la presencia incaica en una región incorporada recientemente al imperio y a fortalecer la cohesión política y cultural de un territorio cada vez más extenso. Estas conclusiones coinciden con la interpretación desarrollada en este ensayo, según la cual la capacocha debe comprenderse no sólo como un sacrificio religioso, sino también como una institución que contribuía a la integración política y territorial del Estado inca.

La organización espacial adquiere particular importancia. Duviols observa que la circulación ritual seguía líneas territoriales relacionadas con los cuatro suyu y que la distribución de las ofrendas reproducía, a diferentes escalas, una estructura que articulaba el centro con los espacios periféricos. De este modo, el ritual contribuía a establecer una representación religiosa y política de la unidad territorial del imperio.

La descripción realizada por Limón Olvera también permite comprender mejor el desarrollo ceremonial de la capacocha. La autora señala que las delegaciones procedentes de los cuatro suyus convergían en el Cusco, donde el Sapa Inca presidía las ceremonias y distribuía las ofrendas antes de que las comitivas emprendieran el recorrido hacia los santuarios de altura. Este itinerario reforzaba la representación simbólica del Tawantinsuyu como una unidad política y religiosa articulada desde el centro imperial. Asimismo, la selección de las víctimas respondía a criterios sociales y rituales específicos: generalmente eran niños y niñas físicamente considerados perfectos, muchas veces pertenecientes a familias de curacas o a las acllas, cuya participación otorgaba prestigio y reconocimiento tanto a sus linajes como a las comunidades de origen.

La evidencia arqueológica permite profundizar esta interpretación territorial y política de la capacocha. El estudio bioarqueológico realizado por Socha, Reinhard y Chávez Perea sobre los sacrificios encontrados en el volcán Misti constituye un caso particularmente significativo. El sitio contenía los restos de al menos ocho individuos, junto con un importante conjunto de objetos rituales elaborados en oro, plata, cobre y Spondylus, además de figurillas humanas y de llamas, tupus, textiles y recipientes cerámicos. La composición de los enterramientos muestra que la capacocha no consistía simplemente en la muerte ritual de una víctima, sino que implicaba una compleja puesta en escena material en la que intervenían personas, bienes y símbolos asociados al orden religioso imperial.

El caso del Misti también permite observar la relación entre el culto imperial y las tradiciones religiosas provinciales. Las montañas constituían importantes huacas vinculadas con comunidades y territorios locales, y los incas podían intervenir sobre la jerarquía de estas

entidades sagradas mediante el reconocimiento de determinados cultos, el apoyo a sus sacerdotes y la adaptación de rituales imperiales a divinidades locales. La capacocha formaba parte de este proceso, pues podía contribuir a incorporar las huacas provinciales dentro de un orden religioso jerarquizado desde el poder imperial. De este modo, la dominación religiosa no necesariamente suponía la eliminación de las creencias locales, sino también su incorporación y reorganización dentro del sistema simbólico del Tawantinsuyu.

La dimensión territorial de la capacocha, por tanto, puede entenderse también como una forma de articulación entre el centro imperial y los espacios provinciales. El ritual no involucraba exclusivamente a la comunidad donde se producía el sacrificio, sino también a quienes participaban en el recorrido ceremonial. Según Socha, Reinhard y Chávez Perea, este circuito permitía manifestar el poder de los incas, otorgar prestigio a los grupos considerados leales y establecer mecanismos de control indirecto mediante el acceso a determinados bienes y privilegios asociados a la participación ritual. La ceremonia podía así integrar a poblaciones y autoridades locales dentro del orden imperial al mismo tiempo que reforzaba las relaciones jerárquicas que las vinculaban con el Cusco.

El aspecto territorial se encontraba acompañado por una participación colectiva. Según Duviols, las distintas entidades sociales del Tawantinsuyu intervenían en el circuito ritual y recibían o transportaban elementos procedentes del centro. La capacocha podía así producir una forma de participación ritual que vinculaba a diferentes comunidades con el Cusco y con los valores religiosos asociados al centro imperial.

La pregunta, por tanto, no debe formularse exclusivamente en términos de por qué los incas realizaban sacrificios humanos, sino también en términos de qué relaciones establecía el sacrificio entre el centro imperial y las poblaciones incorporadas.

La cuestión adquiere especial relevancia si se considera el contexto reconstruido por Rostworowski. El Estado inca había desarrollado mecanismos para integrar políticamente territorios extensos, mantener lealtades, desplazar poblaciones y consolidar conquistas. En consecuencia, es necesario investigar si la capacocha formaba parte de este universo más amplio de relaciones entre poder imperial, territorio y poblaciones sometidas.

Sin embargo, resulta metodológicamente necesario no equiparar automáticamente las obligaciones tributarias, laborales o militares con la participación en sacrificios humanos. La existencia de estas obligaciones no demuestra por sí misma que todos los pueblos conquistados estuvieran obligados a proporcionar víctimas para la capacocha. Esa relación debe ser demostrada a partir de la evidencia etnohistórica y arqueológica.

6. Sacrificio y poder

El análisis de Silvia Limón Olvera permitirá profundizar la relación entre sacrificio y poder dentro de la sociedad incaica. En este punto, el sacrificio puede ser estudiado como una práctica situada en la intersección entre religión y autoridad, en la medida en que determinadas ceremonias rituales podían encontrarse vinculadas con acontecimientos que afectaban tanto al soberano como al conjunto del imperio.

Limón Olvera profundiza esta interpretación al señalar que la religión constituía uno de los principales instrumentos de gobierno del Tawantinsuyu. El poder del Sapa Inca no descansaba únicamente en la fuerza militar o en la administración económica, sino también en su capacidad para controlar los principales centros ceremoniales, organizar los rituales estatales e incorporar las huacas provinciales dentro de una jerarquía religiosa encabezada por el Cusco. La dominación política se encontraba, por tanto, estrechamente vinculada al control de lo sagrado.

El aporte de Duviols permite precisar esta relación al mostrar que la capacocha podía encontrarse directamente vinculada con la legitimación del poder establecido. Las circunstancias que, según las fuentes, podían dar lugar a una capacocha —como el nacimiento del futuro Inca, la

coronación, la guerra, la enfermedad o situaciones que amenazaran al soberano— muestran que el ritual podía relacionarse con la conservación y confirmación del poder imperial. Esta dimensión es también señalada por Socha, Reinhard y Chávez Perea, quienes vinculan la capacocha con acontecimientos relacionados con la vida del emperador, como su acceso al trono, el nacimiento de un heredero, una enfermedad grave o su muerte, así como con situaciones de guerra. De este modo, el sacrificio podía insertarse en momentos decisivos para la continuidad y estabilidad del poder imperial.

La investigación arqueológica más reciente fortalece esta interpretación. El nuevo estudio sobre los sacrificios de Llullaillaco propone que la ceremonia habría sido realizada durante el gobierno de Huayna Cápac y que pudo formar parte de una política imperial desarrollada en el contexto de la expansión hacia las regiones meridionales del Tawantinsuyu. Según los autores, la ceremonia habría contribuido a reafirmar la autoridad del Estado sobre territorios recientemente incorporados y a consolidar la cohesión política del imperio mediante un ritual de fuerte contenido simbólico.

Este planteamiento resulta especialmente significativo porque introduce evidencia cronológica independiente que respalda la interpretación política de la capacocha. Si bien el estudio no afirma que todas las ceremonias respondieran a una única finalidad, sí propone que determinadas capacochas pudieron estar directamente relacionadas con acontecimientos políticos relevantes del gobierno imperial. En consecuencia, la legitimación del poder mediante el ritual deja de apoyarse exclusivamente en las fuentes etnohistóricas y encuentra un respaldo adicional en investigaciones arqueológicas recientes.

Pero la legitimación no se limitaba al poder del Inca. Duviols señala que la entrega de una víctima por parte de un curaca podía confirmar simultáneamente los vínculos de vasallaje respecto del Inca y la propia autoridad del señor local y de su linaje. La capacocha permitía así reproducir diferentes niveles de autoridad dentro del orden político. Esta perspectiva puede complementarse con el estudio arqueológico del Misti, ya que los investigadores muestran que los incas intervenían también sobre la jerarquía de las huacas locales, apoyando determinados santuarios y sacerdotes y adaptando rituales vinculados con el culto imperial a importantes divinidades provinciales. La incorporación de las huacas locales dentro de una jerarquía religiosa relacionada con el Estado permitía articular las tradiciones religiosas provinciales con el orden imperial.

Desde esta perspectiva, la participación en la capacocha tampoco puede interpretarse exclusivamente como una obligación impuesta por el Estado. Silvia Limón Olvera señala que la entrega de una víctima podía representar para determinadas familias de curacas una forma de consolidar su prestigio político y reforzar su posición dentro del orden imperial. Al ofrecer a uno de sus hijos para el sacrificio, estas familias no solo manifestaban fidelidad al Sapa Inca, sino que también obtenían reconocimiento y prestigio dentro de sus propias comunidades. De este modo, la capacocha articulaba relaciones de obediencia, reciprocidad y negociación que beneficiaban tanto al poder central como a determinadas élites provinciales, mostrando que la integración al Tawantinsuyu podía sustentarse tanto en mecanismos coercitivos como en incentivos políticos y simbólicos.

Este aspecto resulta especialmente importante para comprender la naturaleza de la dominación imperial. El ritual no necesariamente eliminaba las autoridades locales ni las tradiciones religiosas existentes, sino que podía contribuir a incorporarlas dentro de una estructura jerárquica más amplia. El poder imperial y los poderes locales podían quedar relacionados mediante obligaciones, prestaciones y ceremonias que reafirmaban las posiciones respectivas. En este sentido, la integración religiosa no debe entenderse necesariamente como opuesta a la dominación política: la incorporación de huacas, autoridades y comunidades provinciales al orden imperial podía constituir precisamente una forma de reproducir las relaciones jerárquicas.

Duviols aporta además una dimensión económica y política a esta relación. La capacocha podía generar vínculos de reciprocidad entre el Inca y los representantes provinciales, mientras que las

ceremonias realizadas en el Cusco permitían renovar relaciones, intercambiar bienes y establecer nuevas obligaciones. En las reuniones asociadas a la ceremonia, el gobierno central podía plantear a los representantes provinciales cuestiones relacionadas con guerras, obras y contribuciones, lo que muestra la conexión entre las instituciones religiosas y la organización política y económica del Estado.

La evidencia arqueológica del Misti permite reforzar esta interpretación al mostrar que la capacocha implicaba una importante circulación y concentración de bienes rituales. En los enterramientos fueron hallados objetos elaborados en oro, plata, cobre y Spondylus, además de figurillas humanas y de llamas, textiles, tupus y numerosos recipientes cerámicos. Estos materiales muestran que el sacrificio no constituía un acto aislado, sino una ceremonia compleja en la que intervenían bienes de elevado valor simbólico y material.

Asimismo, Socha, Reinhard y Chávez Perea permiten profundizar la dimensión política de la participación ritual. La capacocha podía contribuir a establecer jerarquías entre las huacas locales y a vincular a las comunidades provinciales con el culto imperial. La participación en estas ceremonias podía estar relacionada con el prestigio y con el reconocimiento de determinados grupos como leales al poder inca. De esta manera, el ritual podía constituir un mecanismo de control indirecto: no solamente expresaba la autoridad imperial, sino que contribuía a organizar relaciones de prestigio, participación y acceso a determinados bienes o privilegios.

La relación entre sacrificio y poder, sin embargo, no debe interpretarse exclusivamente como una imposición unilateral del Estado sobre las poblaciones provinciales. La evidencia presentada por Socha, Reinhard y Chávez Perea incluye el caso de Tanta Carhua, en el que, según las fuentes analizadas, la iniciativa para realizar una capacocha habría procedido de los propios sujetos. La entrega de una hija como víctima habría estado relacionada con la obtención del apoyo inca para la construcción de un canal de irrigación. Este ejemplo permite observar que las relaciones rituales podían insertarse también en mecanismos de negociación mediante los cuales las comunidades buscaban obtener beneficios materiales y reconocimiento dentro del orden imperial. El problema consiste, entonces, en determinar cómo una práctica ritual podía contribuir a expresar y reproducir las relaciones de poder. Si el sacrificio estaba relacionado con el territorio, las montañas, los santuarios, las huacas, las autoridades imperiales y los señores locales, entonces la capacocha podía participar de una concepción del espacio en la que el dominio político y el orden religioso se encontraban estrechamente vinculados. El caso del Misti resulta especialmente significativo porque permite observar esta articulación a partir de un contexto arqueológico concreto: una montaña sagrada, víctimas humanas, objetos rituales y elementos asociados con tradiciones religiosas que podían ser incorporadas al culto imperial.

La evidencia arqueológica también introduce una precaución metodológica importante. Aunque permite confirmar la existencia y complejidad material de la capacocha, no demuestra que todos los pueblos sometidos al Tawantinsuyu estuvieran obligados de manera uniforme a proporcionar víctimas humanas. Asimismo, el registro arqueológico puede cuestionar determinadas afirmaciones transmitidas por las crónicas: por ejemplo, el denominado «matrimonio sagrado» entre víctimas de distinto sexo descrito por algunos cronistas no ha sido confirmado arqueológicamente, y el conjunto del Misti presenta una marcada diferencia entre individuos masculinos y femeninos. Por ello, las fuentes etnohistóricas deben ser contrastadas con la evidencia arqueológica antes de generalizar sus descripciones a todo el territorio imperial.

Así, la pregunta acerca del sacrificio deja de ser exclusivamente religiosa y adquiere una dimensión política: ¿qué función cumplía el sacrificio dentro del orden imperial? La respuesta permitirá determinar si la capacocha puede comprenderse como una práctica de legitimación, integración, negociación y reproducción del poder, además de su dimensión propiamente religiosa. La evidencia disponible sugiere que estas dimensiones no eran necesariamente excluyentes: el ritual podía fortalecer la autoridad del Inca, jerarquizar las huacas locales, integrar a autoridades y comunidades provinciales y, al mismo tiempo, generar espacios de participación y

negociación. En consecuencia, la capacocha puede ser entendida como una práctica en la que religión y poder se encontraban estrechamente articulados, y en la que integración y dominación podían operar simultáneamente.

7. La evidencia arqueológica: los sacrificios de altura

La evidencia arqueológica permite contrastar y precisar las interpretaciones construidas a partir de las fuentes etnohistóricas. El estudio bioarqueológico de Socha, Reinhard y Chávez Perea sobre el volcán Misti constituye un caso particularmente relevante para comprender las características concretas de la capacocha. El sitio, descubierto en 1998, contenía al menos ocho individuos enterrados en dos tumbas, además de un conjunto excepcional de objetos rituales. Entre los materiales asociados se encontraron figurillas humanas y de llamas elaboradas en Spondylus, cobre, plata y oro, tupus, textiles con decoración metálica y numerosos recipientes cerámicos. La combinación entre restos humanos y objetos rituales permite analizar la capacocha a partir de su contexto material y no únicamente mediante las descripciones transmitidas por las crónicas.

El análisis de los restos humanos aporta además información sobre las características de las personas seleccionadas para el sacrificio. En el Misti se identificaron individuos de edades aproximadas entre seis y trece años. El estudio registró, entre otros datos, desgaste dental en algunos de los niños y una alteración en las piernas de uno de los individuos. La concentración de víctimas en determinadas categorías de edad resulta especialmente significativa porque permite cuestionar interpretaciones anteriores sobre la presencia de niños muy pequeños. Los investigadores señalan que la ausencia de individuos menores de tres años puede relacionarse con la necesidad de seleccionar personas capaces de soportar el desplazamiento hacia lugares de sacrificio situados en zonas de gran altitud y llegar en buenas condiciones físicas.

La evidencia arqueológica también permite establecer límites a las interpretaciones procedentes de las fuentes escritas. Los cronistas describieron determinadas formas de selección de las víctimas y algunas prácticas rituales específicas, pero el registro arqueológico no confirma necesariamente todas esas descripciones. Un ejemplo significativo es el denominado «matrimonio sagrado» entre víctimas de distinto sexo, mencionado en algunas crónicas. Hasta el momento, la evidencia arqueológica no ha confirmado este patrón y el caso del Misti presenta, por el contrario, una marcada diferencia en la cantidad de individuos masculinos y femeninos. Esto demuestra la necesidad de contrastar las fuentes etnohistóricas con la evidencia material y de evitar considerar las descripciones de los cronistas como representaciones uniformes de todas las ceremonias de capacocha.

El caso del Misti permite, por tanto, comprender la capacocha como un fenómeno simultáneamente religioso, político y territorial. La presencia de víctimas humanas junto con objetos de elevado valor simbólico y material muestra que el sacrificio formaba parte de ceremonias complejas en las que intervenían diferentes dimensiones del poder imperial. Además, la relación entre las montañas sagradas, las huacas locales y el culto imperial permite interpretar estos espacios como lugares en los que las tradiciones religiosas provinciales podían ser incorporadas dentro de una jerarquía religiosa organizada por el Estado inca.

La evidencia arqueológica del Misti no permite demostrar que todos los pueblos sometidos al Tawantinsuyu estuvieran obligados de manera uniforme a proporcionar víctimas humanas. Sin embargo, sí permite sostener que la capacocha podía formar parte de mecanismos mediante los cuales el Estado articulaba a las poblaciones provinciales con el poder imperial. La ceremonia involucraba bienes, autoridades, comunidades, espacios sagrados y recorridos rituales, y podía producir prestigio y reconocimiento para los grupos considerados leales. De esta manera, la evidencia arqueológica refuerza la interpretación de la capacocha como una práctica en la que integración y dominación podían operar simultáneamente.

El caso de Llullaillaco permite complementar las evidencias obtenidas en el volcán Misti mediante una aproximación metodológica diferente. Mientras el estudio del Misti permitió reconstruir las características materiales de la ceremonia y la composición de las ofrendas, la investigación publicada en 2026 incorporó una cronología mucho más precisa gracias al análisis radiocarbónico de restos vegetales asociados al entierro. Esta estrategia permitió relacionar la ceremonia con un momento concreto del proceso de expansión imperial y avanzar en la comprensión del contexto histórico en el que tuvo lugar.

Los investigadores concluyen que el sacrificio probablemente ocurrió alrededor del año 1499, durante el gobierno de Huayna Cápac, cuando la región de Llullaillaco había sido incorporada relativamente poco tiempo antes al Tawantinsuyu. A partir de esta evidencia proponen que la ceremonia pudo haber formado parte de una campaña ritual promovida por el Estado para consolidar la presencia incaica en los nuevos territorios y fortalecer la cohesión política y cultural del imperio.

Este aporte resulta particularmente valioso porque converge con las interpretaciones desarrolladas por Duviols acerca de la función integracionista de la capacocha y complementa la evidencia arqueológica presentada por Socha, Reinhard y Chávez Perea. En conjunto, ambos estudios permiten sostener que los sacrificios de altura no constituyeron únicamente expresiones de religiosidad andina, sino también instrumentos mediante los cuales el Estado inca articuló territorio, autoridad, legitimidad y dominación sobre espacios recientemente incorporados al imperio.

8. Las respuestas de los pueblos sometidos

La perspectiva de Rostworowski resulta especialmente importante para evitar una interpretación centrada exclusivamente en el poder cusqueño. Las sociedades incorporadas no fueron receptoras pasivas de las políticas imperiales.

El caso de las etnias norteñas constituye una evidencia particularmente clara. Durante las campañas de Huayna Capac, diferentes grupos se organizaron en una liga defensiva para enfrentar la expansión inca. El Inca incluso intentó establecer previamente relaciones de reciprocidad, pero la propuesta fue rechazada. Rostworowski destaca que estas guerras fueron intensas y que los pueblos norteños defendían su libertad y sus tierras.

La resistencia, sin embargo, no constituye la única respuesta posible. La propia existencia de grupos que colaboraron con el Inca demuestra que las relaciones podían adoptar formas diferentes. En Guarco, por ejemplo, los grupos que recibieron tierras después de la conquista habían mantenido relaciones de colaboración con el poder cusqueño y se beneficiaron de su participación en la consolidación de la conquista.

El análisis de Duviols permite incorporar a esta discusión otra dimensión de la participación provincial: la intervención de los curacas y representantes locales en las ceremonias de capacocha. Las fuentes examinadas por el autor muestran que los representantes de las provincias podían trasladarse al Cusco acompañando las ofrendas y participar en las ceremonias centrales. De esta manera, la incorporación al orden imperial podía expresarse también mediante prácticas rituales y ceremoniales.

La participación ritual de las poblaciones provinciales no debe interpretarse necesariamente como una imposición unilateral ejercida desde el Cusco. La evidencia presentada por Socha, Reinhard y Chávez Perea muestra que la capacocha podía generar relaciones de participación y negociación entre las autoridades imperiales y los grupos locales. Un ejemplo transmitido por las fuentes analizadas por estos autores es el de Tanta Carhua, en el que la iniciativa para realizar una capacocha habría procedido de los propios sujetos. Según este relato, los padres ofrecieron a su hija como víctima a cambio del apoyo del poder inca para la construcción de un canal de irrigación. El episodio muestra que las relaciones entre el centro imperial y las comunidades

podían incluir intercambios en los que una prestación ritual se vinculaba con beneficios materiales y reconocimiento social.

Este ejemplo permite precisar la diversidad de respuestas de las sociedades incorporadas al Tawantinsuyu. La participación en las estructuras imperiales podía adoptar formas de resistencia, negociación, adaptación, colaboración o integración. Incluso una práctica tan extrema como la capacocha podía insertarse, en determinados contextos, en relaciones en las que las autoridades o comunidades locales intervenían activamente. Por ello, la subordinación política no debe confundirse automáticamente con una pasividad absoluta de las poblaciones conquistadas. La relación imperial podía reproducirse también mediante mecanismos de negociación y participación que no eliminaban la desigualdad jerárquica.

El caso de Otuco, en Cajatambo, resulta especialmente significativo. Duviols recoge una tradición según la cual un curaca llamado Ticllaurao había acudido al Cusco para encontrarse con el Inca y, posteriormente, recibió la indicación de realizar una capacocha en su propio pueblo. El episodio muestra una relación concreta entre la autoridad imperial y una autoridad local mediante la práctica ritual.

Este caso debe ser utilizado con cautela. No permite afirmar que todos los pueblos sometidos estuvieran obligados de idéntica manera a proporcionar víctimas humanas. Su importancia reside en mostrar que, en determinados contextos, la capacocha podía constituir una práctica en la que intervenían autoridades provinciales y que las relaciones rituales podían ser objeto de acuerdos y disposiciones entre el Inca y los curacas.

Por lo tanto, las respuestas de los pueblos sometidos deben analizarse en términos plurales: resistencia, negociación, adaptación, colaboración e integración. Esta diversidad impide construir una oposición absoluta entre un Estado inca homogéneamente dominador y unas poblaciones conquistadas igualmente resistentes. La participación ritual de determinados sectores provinciales debe ser comprendida, por tanto, como una de las formas posibles de articulación entre las autoridades locales y el poder cusqueño.

9. ¿Dominación o integración?

A partir de lo analizado, surge una cuestión central: ¿debe comprenderse el Tawantinsuyu principalmente como un sistema de dominación o como un sistema de integración?

La evidencia examinada sugiere que ambas dimensiones no necesariamente se excluyen.

La conquista podía implicar guerra, resistencia, represalias y desplazamientos de población. El caso de Guarco demuestra que los mitmaq podían ser utilizados para consolidar una conquista y quebrar resistencias.

Pero el Estado también necesitaba establecer relaciones de reciprocidad, mantener lealtades y organizar la colaboración económica y política de los señores locales. Rostworowski observa precisamente cómo la expansión territorial obligó a transformar los mecanismos de reciprocidad y a crear espacios administrativos y ceremoniales adecuados a las dimensiones del imperio.

El análisis de Duviols permite profundizar esta conclusión. La capacocha constituye un ejemplo especialmente claro de cómo una práctica de integración podía funcionar simultáneamente como mecanismo de control. La circulación de las ofrendas desde las provincias hacia el Cusco y posteriormente desde el centro hacia los territorios imperiales producía una participación ritual territorialmente extendida. La ceremonia vinculaba a las distintas comunidades con el centro imperial y contribuía a establecer una experiencia compartida de pertenencia al orden ritual del Tawantinsuyu.

Sin embargo, esta integración tenía también una dimensión política. Duviols interpreta la movilización territorial producida por la capacocha como un mecanismo de cohesión y control social y cultural. La participación colectiva en el ritual contribuía a contener tendencias de autonomía y a reforzar la unidad imperial.

Por ello, la integración ritual no debe ser entendida necesariamente como lo contrario de la dominación. La integración podía constituir uno de los mecanismos mediante los cuales la dominación se hacía duradera.

La capacocha permite observar esta articulación con particular claridad:

- conquista territorial → incorporación de poblaciones → participación ritual → reciprocidad y redistribución → cohesión imperial → reproducción del poder.

En este marco, la capacocha constituye un punto de encuentro entre dominación e integración, entre poder y religión, y entre territorio imperial y poblaciones locales.

La dominación imperial, por tanto, no se limitaba a la coerción militar. También podía reproducirse mediante instituciones que incorporaban a autoridades y poblaciones a circuitos económicos, políticos y rituales organizados desde el centro. La integración no eliminaba la relación jerárquica: podía contribuir a reproducirla.

10. Discusión

El análisis desarrollado permite cuestionar dos interpretaciones reduccionistas.

La primera consiste en considerar la expansión inca como un proceso fundamentalmente pacífico basado en reciprocidad e integración. La evidencia presentada por Rostworowski muestra que hubo guerras, resistencias, represalias, desplazamientos y mecanismos políticos destinados a consolidar las conquistas. Los casos de Guarco y Chachapoyas, así como la resistencia de las etnias norteñas, demuestran la existencia de conflictos significativos.

La segunda consiste en interpretar el Tawantinsuyu exclusivamente como una estructura coercitiva. La transformación de las relaciones de reciprocidad, los centros administrativos y la incorporación de autoridades locales muestran que el Estado necesitaba construir mecanismos de integración y colaboración.

El aporte de Duviols permite trasladar esta discusión al ámbito específico de la capacocha. Su análisis muestra que la ceremonia involucraba simultáneamente dimensiones religiosas, políticas, económicas y territoriales. La circulación de ofrendas, la participación de las provincias, la intervención de curacas y sacerdotes, la redistribución de bienes y la centralización de las ceremonias en el Cusco formaban parte de un sistema que articulaba diferentes sectores del Tawantinsuyu.

La conquista militar constituía el punto de partida de determinadas relaciones imperiales, pero la consolidación del poder requería mecanismos económicos, políticos, administrativos, demográficos y rituales.

La capacocha permite observar particularmente bien esta complejidad. Su dimensión territorial vinculaba el centro imperial con las provincias; su dimensión económica ponía en circulación bienes y prestaciones; su dimensión política contribuía a establecer y renovar relaciones entre el Inca y las autoridades locales; y su dimensión religiosa proporcionaba el marco simbólico en el cual estas relaciones adquirían legitimidad.

La capacocha puede ser comprendida, por tanto, como una institución en la que integración y dominación se encontraban articuladas. La participación de las poblaciones y autoridades provinciales implicaba subordinación. Pero también, podía constituir uno de los mecanismos mediante los cuales las relaciones jerárquicas eran reproducidas y legitimadas.

La cuestión históricamente más relevante consiste en determinar si la capacocha formaba parte de un sistema ritual mediante el cual el Estado inca podía expresar, legitimar y reproducir relaciones de poder e integración sobre territorios y poblaciones incorporadas al Tawantinsuyu.

En esta misma dirección apuntan las investigaciones arqueológicas más recientes. El nuevo estudio sobre los Niños de Llullaillaco aporta una cronología compatible con el período de máxima expansión territorial bajo Huayna Cápac y plantea que la ceremonia pudo responder a objetivos políticos vinculados con la consolidación del dominio imperial en regiones

recientemente incorporadas. Aunque los propios autores presentan esta interpretación como una hipótesis sustentada en la evidencia cronológica disponible, sus resultados fortalecen la idea de que determinadas ceremonias de capacocha desempeñaron funciones relacionadas con la legitimación del poder y la cohesión del Tawantinsuyu.

En este sentido, Duviols proporciona un elemento fundamental para la discusión: la capacocha puede ser estudiada no simplemente como un sacrificio realizado por el poder, sino como un mecanismo institucional mediante el cual el poder se relacionaba con las poblaciones, los territorios y las autoridades locales.

Conclusión

La expansión del Tawantinsuyu fue un proceso complejo que combinó guerra, conquista, resistencia, negociación, integración y dominación. El análisis de María Rostworowski permite observar que las sociedades incorporadas no fueron actores pasivos. Los casos de Guarco, Chachapoyas y las etnias del norte muestran distintas respuestas frente al avance cusqueño: resistencia militar, rebelión, rechazo de propuestas de reciprocidad, negociación y colaboración.

La dominación imperial tampoco se agotó en la conquista militar. El Estado inca desarrolló mecanismos destinados a consolidar sus conquistas y reorganizar las poblaciones. El sistema de mitmaq constituye un ejemplo particularmente significativo: en determinados contextos, los desplazamientos de población tuvieron una función política destinada a quebrar resistencias y asegurar la permanencia del dominio cusqueño.

Al mismo tiempo, la expansión territorial transformó las relaciones de reciprocidad y obligó al Estado a desarrollar nuevas formas de articulación con los señores locales. La administración, los centros ceremoniales y la colaboración económica permitieron sostener vínculos políticos en un territorio cada vez más extenso.

En este contexto, el análisis de Pierre Duviols permite comprender la capacocha como una institución que articulaba diferentes dimensiones del orden imperial. No se trataba solamente de un sacrificio humano, sino de un complejo sistema ritual que implicaba circulación de ofrendas, participación de provincias, intervención de curacas y sacerdotes, redistribución de bienes y comunicación entre el centro cusqueño y los territorios incorporados.

La capacocha puede ser comprendida, por tanto, como un mecanismo simultáneamente político, económico, territorial y ritual. Su dimensión política se expresaba en la relación entre el Inca y los curacas; su dimensión económica, en los intercambios y procesos redistributivos; su dimensión territorial, en la circulación de las ofrendas entre el Cusco y los cuatro suyu; y su dimensión ritual, en la articulación de las poblaciones y huacas dentro de un orden religioso común.

La integración y la dominación no son categorías necesariamente contrapuestas. La capacocha permite observar cómo la integración ritual podía contribuir a la cohesión y, simultáneamente, a la reproducción del poder imperial. La participación de autoridades y poblaciones provinciales en circuitos rituales, económicos y políticos podía fortalecer su incorporación al orden cusqueño sin eliminar las relaciones jerárquicas existentes.

El estudio de la capacocha permite así desplazar el análisis del sacrificio humano desde una interpretación exclusivamente religiosa o moral hacia un problema histórico más amplio: la relación entre ritual, reciprocidad, territorio, integración, poder y dominación en una estructura imperial prehispánica.

La expansión del Tawantinsuyu, sus guerras de conquista, los mecanismos desarrollados para consolidar el dominio y las respuestas diversas de los pueblos incorporados constituyen, por tanto, el contexto necesario para comprender el significado histórico y político de los sacrificios humanos dentro del mundo incaico.

Referencias Bibliográficas:

Duviols, P. (1976) 'La Capacocha: mecanismo y función del sacrificio humano, su proyección geométrica, su papel en la política integracionista y en la economía redistributiva del Tawantinsuyu', *Allpanchis*, 9, pp. 11–57.

Limón Olvera, S. (2009) El sacrificio humano entre los incas y el sistema de organización del Estado. *Cuicuilco*, 16(45), pp. 109–128.

Sieczkowska-Jacyna, D., Recagno Browning, G., Bernaski, M., Zigarán, F., Jędrzejowski, M., Pawlyta, J., Reinhard, J., Manning, S.W. and Socha, D. (2026) Chronometrizing the Sacred: A Multi-stage Chronological Framework for the Inca Llullaillaco Burial. *Archaeometry*. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/arcm.70172> (Consultado: 1 de agosto de 2026).

Socha, D.M., Reinhard, J. and Chávez Perea, R. (2021) 'Inca Human Sacrifices on Misti Volcano (Peru)', *Latin American Antiquity*, 32(1), pp. 138–153. doi: 10.1017/laq.2020.78.

Rostworowski, M. (1999) *Historia del Tahuantinsuyu*. 2.^a edn. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Serie Historia Andina, 13.